

\* \* \*

¡Y toda esta miseria, pensaba al volver á popa, es italiana! ¡Y cada vapor que sale de Génova va cargado de ella; y salen también de Nápoles, de Mesina, de Venecia, todas las semanas y todos los meses, hace docenas de años! Y aun, por el viaje al menos, podían llamarse afortunados los emigrantes del *Galileo*, en comparación de tantos otros que en épocas pasadas, por falta de puestos allá abajo en la estiva iban como bestias, sobre cubierta, en la que vivían semanas enteras mojados y sufriendo frío mortal; y otros, que habían estado á punto de morir de hambre y de sed, en buques desprovistos de todo, ó de morir envenenados por el bacalao averiado ó el agua corrompida. Muchos murieron. Y pensé en los que, embarcados por agencias infames con dirección á América, habían sido desembarcados traidoramente en un puerto de Europa, donde tuvieron que implorar la caridad; ó que habiendo pagado para viajar en vapor, los habían embarcado en buque de vela, pasando seis meses en el mar; y en los que creyendo dirigirse al Plata, donde les esperaban sus parientes y un clima como

el de su país, fueron arrojados en la costa del Brasil, donde los diezaba el clima tórrido y la fiebre amarilla.

Pensando en todas estas iniquidades y en los millares de conciudadanos míos que en las grandes ciudades extranjeras ganan la vida con los más degradantes oficios, en los rebaños de hambrientos histriones que esparcimos á los cuatro vientos, en la trata miserable de niños y en otras cosas, experimenté un amargo sentimiento de envidia contra todos los que pueden andar por el mundo sin encontrar á cada paso los dolores y las miserias de su propia sangre.

\* \* \*

Pero para dulcificar todas las amarguras Dios había puesto á bordo dos comisionistas franceses, el uno de París, un buen muchacho aunque algo afectado, una cara que me parecía haberla visto antes en una obra ilustrada de Darwin en el capítulo de las cotorras; del otro he hablado ya: un marsellés como de cincuenta años con busto de patagón y piernas cortas, una de ellas torcida, que arrastraba, y facha de Napoleón I, grueso, tan grande que hacía doble-

mente bufas las continuas y enormes necesidades que salían de su boca.

Se las daba de corresponsal mercantil del *Diario de los Debates*, pero nadie lo creía; echándose las de literato, citaba siempre un libro solo, que era su Evangelio, y del cual no había leído de seguro más que el título, el Diccionario de Littré, una obra que durará por los siglos de los siglos; además se alababa de conocer á fondo Italia y hablaba un italiano capaz de hacer escapar á los perros. Lo más gracioso era que no habiendo tenido en Italia, como se comprendía por su conversación, sino aventuras de esquina, hablaba *ex cathedra* del bello sexo italiano, haciendo mil sutiles distinciones fisiológicas y psicológicas á lo Stendhal, acerca de las señoras de nuestras grandes ciudades, como si hubiera hecho sus estudios sobre lo más selecto de todas las aristocracias en calidad de embajador de Francia.

Por otra parte, tenía un modo de raciocinar en todas las cosas bastante común en la clase media desacomodada de Francia, con frases hechas y subterfugios; de cuyas frases puede juzgarse tomando como tipo la siguiente ingeniosísima, en respuesta á un argentino que aseguró que la cerveza era nociva:

—He asistido al entierro de muchos que no la bebieron.

Su fuerte por supuesto eran las aventuras galantes, que contaba entre la burla y la fanfarronada con gestos de cómico, siempre de pie, y que terminaba crujendo los dedos y haciendo una pirueta sobre un talón para colocarse frente á frente del que le oía, con un *et voilà*, como el titiritero que pide un aplauso.

\*  
\*\*

Aquella mañana nos divertimos él y su colega, que se sentaba frente á mí en la mesa, con una discusión nacida no sé cómo á propósito de lo que se gastaba en París para comer bien en uno de los llamados *marchands de vin*. Como la atención de los comensales interesara á las pocas palabras el amor propio de los dos interlocutores, el parisiense irritado llegó á decir con tono compasivo que el que le contradecía no conocía París.

El marsellés contestó como si le picase una víbora:

—He hecho veinticinco viajes á París, caballero.

—Y yo,—contestó el otro levantándose en medio de un silencio general—¡¡yo vivo en París!!

Pero el gesto, el acento, el ademán fueron tan solemnes, que provocaron una carcajada estrepitosa, que casi sofocó la contestación del marsellés enfurecido:

—... Usted toma la cosa en un tono que.... Nosotros nos burlamos.... por lo mediano de París.... Thiers, que ha salvado dos veces la Francia....

Pero el otro estaba tan orgulloso con el triunfo de su *yo vivo en París*, que no replicó, contentándose con dirigir algunas palabras á sus vecinos, entre las cuales oí éstas:—Thiers, una grosera figura de polichinela....

Después de lo cual, todos se levantaron de la mesa riendo.

\*  
\*  
\*

Aquel día, que hacía un tiempo hermosísimo, dos horas antes de comer estaba sobre cubierta toda «la buena sociedad», á excepción de los argentinos, que á la sazón solían tomar una especie de *lunch*, con sus exquisitas carnes en conserva, de las cuales llevaban verdadero almacén á bordo. La cubierta tenía el aspecto de vasta terraza en casa de baños. Pasajeros que se balanceaban en las mecedoras de rejilla, ho-

jeando los tomos amarillos de Charpentier; muchos paseaban de dos en dos. El viejo chileno iba arriba y abajo con el cura napolitano que agitaba en el aire sus largas manos como para coger al vuelo billetes de Banco, y cada vez que pasaba á su lado oía una de sus frases predilectas:

—*Yo creo que con un capital de doscientos mil patacones... — Vea usted la venta de las cédulas hipotecarias provinciales...*

En el fondo, hacia la parte del timón, se destacaba la señora rubia con un lazo en el pelo apoyada contra la borda mirando al mar al lado del imberbe toscano; se veía que hablaban de cosas indiferentes, del mar, de América; pero aunque no se miraban se podía adivinar también, por la ligera sonrisa que inundaba sus rostros, que aquella conversación *indiferente* no era mas que el acompañamiento exterior de un duo íntimo, muy bien entonado. Busqué con la vista al marido, y lo encontré más abajo escuchando la explicación de un marino sobre el mecanismo del sextante de anteojo.

En uno de los largos bancos del centro estaban la señorita de Mestre y su tía. Fué la primera vez que me fijé bien en esta señora, ejemplar nada raro de un error de la naturaleza, que había encerrado alma femenina en cuerpo de varón, de cara ancha y huesuda, de ma-

nos gruesas, de ruda voz. Todo lo femenino de aquella pobre joven parecía haberse resumido en sus pequeños ojos grises, que estaban llenos de bondad y de dulzura, y en los que se adivinaba claramente que tenía conciencia de aquella desagradable discordancia entre su cuerpo y su espíritu, y que hacía tiempo se hallaba resignada á no gustar y á vivir aparte, casi fuera de los dos sexos, tratando de pasar inadvertida; pero justamente aquella tímida resignación y aquella sombra como de vergüenza que velaba sus ojos, inspiraban un sentimiento mixto de piedad y simpatía, que en algunos momentos la hacía parecer completamente distinta de lo que era.

En esto ví con admiración que el garibaldino se acercaba á sentarse junto á la sobrina, saludando respetuosamente, pero con una confianza que revelaba relaciones ya de algunos días.— Era la vez primera que la veía hablar con una persona viva. ¿Cómo podían haber trabado conocimiento? La señorita decía de vez en cuando algunas palabras, paseando sus ojos claros y Perezosos por el horizonte, y él escuchaba en actitud de condescendencia y de respeto mirando al suelo. Desde aquel instante me imaginé que el ligero aliento que salía de aquella boca pálida debía resucitar en el alma de aquel hombre los afectos muertos y enterrados; —pero por enton-

ees no aparecía indicio alguno en su rostro acre, á pesar de su expresión respetuosa é inmóvil.

Á la otra parte del banco estaba leyendo mi vecina de camarote, vestida con excesivo lujo para un vapor; pero el movimiento inquieto de sus diminutos pies hacía ver que no seguía la lectura con el pensamiento. Sin embargo, la batalla de la mañana no había desterrado de su boca la constante sonrisa nerviosa que indicaba una fuerza indómita en la lucha doméstica: la potencia de deshacer á alfilezazos por espacio de treinta años consecutivos el corazón y el cerebro de su marido. ¿Qué podrá haber entre ellos: un «error de la carne» como entre aquella pareja conyugal de *Germinal*.— Ninguna falta de uno ó de otro podría ya suponer que fuese causa suficiente para explicar el odio que los separaba, porque el marido, que no parecía malo, habría perdonado, y ella no parecía tener un alma tan delicada que llevase abierta por toda la vida la herida de una traición; y no obstante hubiera jurado que aquellas dos criaturas no se habrían reconciliado jamás, y que el camino que seguían juntos los conducía al delito.

Pero lo que más llamaba la atención entre aquella gente era la familia brasileña marido y mujer, con tres hijos grandezuelos y uno de pecho que llevaba en brazos una negra, pechugona como una hotentote. Todos reunidos en

grupo en el banco del palo de mesana, tan callados que parecían estatuas y paseando sus ojazos negros sobre las personas que pasaban: diríase que todos eran movidos por el mismo resorte. El padre y la madre estaban juntos como si estuviesen celosos uno de otro, y ofrecían el aspecto de gente rica pero *asilvestrada* en una de esas *fazendas* ó haciendas del interior del Brasil, verdadero hormiguero de esclavos negros todavía á la sazón del viaje que cuento, rodeadas de interminables campos de café y de azúcar, á los cuales no se llega sino después de muchos días de camino á través de espesos bosques.

En el banco de enfrente estaba bordando con la espalda al mar la señorita pianista, y pude observar la gracia con que manejaba las pequeñas *tijeras* y el arte fino con que miraba por largo tiempo á todos, sin que nadie pudiera encontrar su mirada, y sin que en sus ojos fríos brillase la más ligera expresión de curiosidad.

Su madre, entretanto, hablaba con el agente de cambios, que estaba en pie delante de ella, y por la sonrisa de éste se adivinaba que la señora estaba desollando con la más delicada ferocidad á una ó á varias personas del pasaje.

Un relámpago de envidia que cruzó por sus ojos, me anunció la aparición de la señora argentina, á quien no se había visto en dos días,

presentándose sencilla y elegante, apoyada en el brazo de su marido con un paso y una sonrisa de convaleciente que no ocultaba la satisfacción de que todos la mirasen. Era, en efecto, un magnífico ejemplar de la opulenta belleza de la sangre criolla; negros el cabello y los ojos, velados éstos por largas pestañas, la tez morena y caliente de tono, como dicen los pintores, y al propio tiempo de maravillosa frescura y lozanía: gallarda y garbosa ondulación en el andar, que adelgazaba y aligeraba á la vista la plenitud hermosa de sus formas, y en su mirada, en su manera de pisar, en sus modales, se revelaba la alegre altivez de la *porteña*, á la que se reconoce la primacía entre el bello sexo de la América latina, y la atrevida seguridad de la mujer que ha nacido en una sociedad de lucha y de aventuras, la cual la respeta á ella sola y la educa desde niña, para soportar valerosamente los reveses de la fortuna.

Con paso lento, con alegre desenfado de señora de la casa, dió la vuelta á la cubierta como á un salón de baile y fué á sentarse al lado de la brújula; de la verdadera brújula, aquella que, por fortuna de todos ellos, ella no podía hacer perder.

Entretanto se iban formando y deshaciendo grupos de pasajeros, y de este modo me encontré un momento en compañía del genovés tuer-

to que llevaba en su rostro la expresión de fastidio infinito, sobre el cual flotaba solamente la idea de la comida como rayo de luz sobre un charco. Le pregunté qué le parecía la cocina del *Galileo*; movió la cabeza, meditó un momento, y con la misma solemnidad con que podía haber dicho me parece que la Rusia abusa de la tolerancia europea, respondió:

—Diré á usted, yo soy franco; me parece que se abusa de las salsas; esta es al menos mi opinión.

Estimaba, sin embargo, al cocinero, que había servido en el Hotel Feder; era una especialidad en los platos de dulce, y ganaba doscientas cincuenta pesetas al mes. Guapo muchacho, se ofreció á presentarme á él. Yo dejé para otro día la presentación.

—Precisamente—dijo entonces mirando al reloj—voy á dar una vuelta; hoy deberá poner pastel de Foie-gras. Y dejó su sitio al abogado *Marófobo*, que pasaba en aquel momento, fuera de sí, como siempre, y que se detuvo al oír al comisionista marsellés alabar el mar con las sabidas frases de fábrica:

—*Pero mire usted: ¿no es bello? ¿no es imponente? ¿no es soberbio? Yo, lo que es yo ¡adoro el mar!*

El abogado se encogió de hombros irritado.

—¡Hermoso el mar! ¡Qué idea tan estrambóti-

ca! El hombre encuentra hermoso, como un imbecil, todo lo que hay en este planeta que es su casa: hermosas las montañas y hermosas las llanuras, hermosísimo el cielo sereno, el cielo tempestuoso hermosísimo, bellos los sitios en que hay vegetación, bellos los en que no la hay... esto es estúpido para mí; el mar es sólo un inmenso pantano.... Y ahora ¿qué sucede?

Se había oído un golpe de la hélice más fuerte que los demás.—Y miró alrededor con desconfianza. Pero lo gracioso era que al hablar del mar no lo miraba nunca; á lo más le echaba una ojeada rapidísima por encima de la borda, como un soldado asustado levanta los ojos sobre el enemigo que avanza contra la fortaleza.

—No tenga usted cuidado—le dije,—el mar está bueno.

—Usted dispense—contestó marchándose.— ¡El mar bueno! En menos de una hora podríamos estar todos de rodillas encomendándonos el alma.

En aquel momento llegó el agente de cambio á darme parte de un descubrimiento. La señora gruesa de cara encendida, sentada allí cerca, que por las mañanas estaba siempre de mal humor y por las noches invariablemente expansiva... se había descubierto el misterio: bebía como una esponja. Se decía que era una domadora que tenía en Chile su colección de fieras.

Positivamente guardaba en su camarote una selecta bodega de licores dulces de todos los colores y de todos los países, que tomaba desde el medio día en adelante, sin interrupción, en una colección de copitas diminutas que se había hecho fabricar, verdaderos pájaro-moscas de la cristalería, con las cuales trataba de ocultarse á sí misma su vicio. Se lo había dicho la madre de la pianista. Ella y su doncella tomaban todas las tardes juntas, y con regularidad asombrosa, sendas turcas, y cuando estaban en punto, trababan conversación con el primer recién llegado y decían cosas dignas de oirse. Cuando viniesen los calores tendrían que ver. En aquel momento estaba hablando con un pasajero alto, en el que no me había fijado nunca: una figura de viejo errante á quien se veía bajo la nuca una señal encarnada.

Tampoco aquel carecía de su leyenda correspondiente. Susurrábase que era un antiguo capitán de Marina, un lobo marino; y aquella señal el rastro de una tentativa que habían hecho sus marineros, muchos años antes, para ahorcarlo en alta mar. El grupo prorrumpió en una carcajada, y el «ahorcado» se volvió. Desde entonces se le designó con aquel apodo.

Había ya otros: á un pasajero que no hablaba con nadie se le llamaba «el incendiario», porque tenía la nariz remangada y las orejas tan separadas como la de la cabeza del *hombre de-*

*linciente* de Lombroso. El francés de quien se sospechaba por lo del *Figaro* se llamaba desde luego «el ladrón», y otro, no sé por qué, se designaba comúnmente con el título de *Director de la Sociedad del Espujo Inodoro*. A pesar de esto, en la primera ocasión en que se conocían, todos se daban la mano unos á otros como buenos amigos.

—Mire—dijo de repente el agente,—la suiza y el toscano han desaparecido; voy abajo á dar una vuelta. Le objeté que lo que sospechaba era imposible, porque abajo estaban las camareras.

—Al contrario—contestó—son centinelas avanzadas para anunciar la llegada del enemigo con un estornudo,—y echó á correr.

Yo busqué de nuevo al profesor y lo ví á pocos pasos de mí meditando profundamente acerca de la aguja imantada. Se nos acercó en el momento en que volvía el agente con el aspecto de un cazador que ha cobrado una pieza.

—Parece que hay un poco de movimiento—le dijo aquel plácidamente refiriéndose al mar.

—Sí—respondió el agente—movimiento de cabeceo...—Con estas cariñosas bromas se pasaba el tiempo.

Del mar no se gozaba sino al anochecer, cuando los pasajeros (excepto dos ó tres amantes de la soledad) se habían retirado. En aque-

lla hora, cuando sobre el cielo, aun con alguna claridad al occidente, se recortaba el mar por una línea negra purísima, y cuando por estar todo oscuro como un mar de pez no llamaba la vista sobre punto determinado, agradaba abandonarse á ese vaivén de pensamientos sueltos ó pedazos de pensamiento, que semeja el movimiento de las imágenes del sueño, al compás de los golpes iguales de la hélice. Pero los pensamientos toman en aquella hora el mismo color que el mar ante aquella inmensa extensión de agua, que no presenta señal alguna del hombre ni del tiempo: el objeto de nuestro viaje, nuestros intereses, nuestro país, todo se nos ofrece tan lejano, tan confuso, tan pequeño, tan miserable... ¡Y cuando se piensa que tres días antes de salir nos ha llegado al alma el saludo frío de un conocido que hemos encontrado en la vía Barba-roux!...

¡Qué lástima! En este momento esos nos parecen recuerdos de otra existencia que renacen apenas un momento para caer y ahogarse en el abismo interminable que se abre en rededor nuestro, y nos abandonamos al mar en una nave imaginaria que camine y camine sin descanso, más allá de las últimas tierras, por el inmenso Océano Austral, desde el cual todos los continentes se presentarían á un Microme-

gas como agrupados, como retirados en el otro hemisferio, por temor á su soledad.

Pero en aquella soledad se pierde y se aterra la fantasía y vuela con impetuoso deseo á encontrarse entre la raza humana, en medio de los seres amados, en la habitación donde se reúnen éstos, iluminados por una luz que brilla en nuestra fantasía como un sol; pero sus rostros no sonríen; en ellos se pinta una inquietud pensativa; y la idea de que cada vuelta de la hélice aumenta la enorme distancia que nos separa de los nuestros, nos entristece.

¿Enorme distancia? Para amenguarla en nuestro concepto tratamos de empuqueñecer el planeta comparándolo con el Universo. Una gota de agua sobre una molécula de barro. ¿Qué distancia pueden interponer entre ella los infusorios? Pero el pensamiento vuelve forzosamente á la comparación del mundo con nosotros mismos, y el sentimiento de admiración renace. Si nos separa una distancia inmensa, ahuyentemos, pues, la imagen de aquellos amados semblantes, volvamos á pensar en el mar, adormezcamos nuestro pensamiento sobre aquellas aguas infinitas.

¡Qué hermoso mar y cuánta paz! ¡Y, sin embargo, cuántos horrores no ha presenciado esta soledad solemne! Ha visto pasar los aventureros ávidos de oro afilando sus armas para



las carnicerías infames del Nuevo Mundo; rebeliones de esclavos ahogadas en sangre en las bodegas de los buques negreros; largos martirios de tripulaciones hambrientas; horribles naufragios en medio de las tinieblas; agonías desesperadas de familias enroscadas en lo más alto de la arboladura, y gritando el nombre de Dios, con la cara hacia el cielo, ahogado por las olas. Y esto nos pudiera suceder á nosotros si reventase una caldera esta noche, dentro de una hora, dentro de un minuto. Estremecidos, nos representamos entonces el lento descender de nuestro cadáver de zona en zona, á través de mil mundos diversos de plantas, de peces, de crustáceos, de moluscos, en una vertical de ocho mil metros hasta la fría oscuridad de aquella extensión interminable de fango vivo y de esqueletos microscópicos que forma el fondo del mar...

De la vida el enigma  
moviéndose murmura allá en el fondo...

¿De quién son estos versos? ¡Ah! De mi amigo Panzacchi. ¿Qué estará haciendo? Y en esto recordamos la visión de una noche de fiesta del Círculo de los Artistas de Turín como un círculo luminoso corriendo sobre el mar á la par que el vapor, en el cual giran y brillan cien fisonomías conocidas, pareciendo que se perci-

ben sus risas y sus voces. De repente se apaga: todas las amistades, todas las alegrías, todas las obras humanas, son relámpagos, sueños, la realidad eterna no es mas que esta formidable masa de aguas que rodea cuatro quintas partes de la tierra, y esta tierra, espantosa cabeza con la coronilla de hielo y de fuego, el encéfalo que huye gritando y llorando hacia el infinito. ¡Oh misterio y prodigio! ¡Si pudiéramos quedarnos aquí en una isla por espacio de siglos, con la frente entre las manos, pensando y pensando, con tal de llegar á comprender, sólo una vez, aunque fuese por el espacio de un relámpago!...

¡Dos! ¡Cinco!... Estos gritos de un grupo de lombardos que jugaban todas las noches á la *mora* en el castillo central me sacaron de mi absorción.

A aquella hora en el salón de abajo se jugaba al dominó ó al ajedrez; los pasajeros que dormían sobre cubierta recibían á sus amigos en los camarotes iluminados, y bebían Burdeos ó cerveza, y en la proa, alrededor de la hostería, formaban cola los pasajeros que se presentaban con su bono, debidamente firmado por el sobrecargo, para tomar una taza de café, una copa de ron, medio litro de vino con que festejar la terminación del día; fui á la proa á vagar un poco, como malhechor protegido por la oscuridad, entre la cual aparecían como sombras, grupos

de mujeres con los niños dormidos en el regazo, hombres que bebían solos y aparte, muchachos que erraban entre la muchedumbre con aspecto de perros de caza, escudriñando con los ojos por todos los rincones. Y aquella noche asistí por primera vez á la separación de los dos sexos, que se hacía bajo la vigilancia del marinerillo jorobado, que era el encargado de mandar á las mujeres al dormitorio. Habían transcurrido desde el día de la salida, nueve, de vida claustral al aire libre. Los afectos matrimoniales se habían reanimado un poco, y, además de las legítimas, formáronse otras parejas en las que aquel modo de vivir producía el mismo efecto que en los otros; pero el jorobadillo canoso separaba á todos por igual, sin consideración á los derechos legales; y cada noche á las diez se presentaba con linterna en mano, puntual é inexorable como el viejo Silva y comenzaba á registrar los rincones desligando abrazos y cortando coloquios amorosos con su frase sacramental: — ¡A la cama, mujeres! ¡A la cama, muchachas! Era una escena muy cómica; las parejas se resistían; separadas aquí, iban á reunirse más allá, entre el matadero y el lavadero, á la sombra de cualquier cosa, detrás de las jaulas, en los pasos cubiertos, en todos los sitios donde no llegaba la luz del farol, y el pobre jorobado seguía su paseo repitiendo: — Vamos, mu-

cheres; vamos, muchachas, que es la hora; y algunas veces para congraciarse con las retrasadas exclamaba: — ¡Vamos, señoras!

Al cabo de un cuarto de hora las mujeres desfilaban por entre dos hileras de hombres, como en una procesión, y desaparecían una á una en el vientre del buque por las escotillas de los dormitorios. Algunas volvían atrás para que sus maridos diesen un beso más á los niños ó para estrechar otra vez la mano á los nuevos amigos; otras se detenían para llamar á los chicos que se quedaban rezagados: — Juanito... Basilio... niña... chiquitín... muchacho... Genarillo... y la linterna sostenida por el jorobado iluminaba las miradas lánguidas de muchachas guapas, los ojos brillantes de los jóvenes, las caras de los maridos descontentos, á quienes el reglamento pesaba mucho. — ¡Vamos! ¡Vamos! — continuaba gritando el jorobado; — un poco más ligeras, señoras. Por último, se escondió hasta la cola del cortejo, pero el jorobado, que conocía á su gente, volvió á echar una ojeada por la proa, seguro de encontrar aún algún amorcillo escondido, algún pecado mortal acurrucado en la oscuridad, y lo encontró, en efecto, como lo encontraba todas las noches.

Una vez barridos los últimos restos del amor, el viejo jorobado se detuvo con su linterna delante de mí y, enjugándose la frente con la ma-

no, echó un suspiro y exclamó: —¡Ah, qué oficio este! Pero sobre su ruda cara de buen diablo se leía al mirar por la escalera cierto sentimiento de lástima por todas aquellas miserias y quizá por aquellos deseos que había tenido que encerrar por orden superior.

—Es una obligación molesta ¿eh?—le dije para entablar conversación y oír una de sus sentencias filosóficas.

Me miró á la cara alzando un poco la linterna y, después de reflexionar un momento, me respondió sentenciosamente:

—Cuando un hombre se encuentra en la posición que me encuentro yo para juzgar el mundo como se presenta á bordo; á pobres y ricos, y las cosas que suceden en el mar, unas que hacen llorar y otras que hacen reír, lo mismo de mujeres que de hombres (pero todavía más de las mujeres), créame usted, caballero, se forma una idea, que no se admira de nada, y le da lástima de todo.

Y dicho esto, se alejó. Poco á poco desaparecieron también los hombres, y el vapor quedó callado como desmesurado animal que se desliza adormecido por encima de las aguas sin dejar oír mas que las pulsaciones regulares de su corazón monstruoso.



## VII

## EN EL TRÓPICO DE CÁNCER

**A**L día siguiente debíamos pasar el trópico de Cáncer;—así me lo anunció el camarero por la mañana al despertarme, bajando los ojos, porque entre sus coqueterías, era una, bajar los ojos cuando hablaba, como para no dejar leer en su alma la alegría de su último triunfo amoroso.

¡El trópico de Cáncer! Era el anuncio desagradable de que aun teníamos que recorrer cerca de tres mil millas de zona tórrida antes de sentir la fresca caricia de los alíseos del otro hemisferio, y sólo al pensarlo me parecía sentir correr dos gotas calientes por mis mejillas. Me asomé á la claraboya. ¡Qué cosa más admirable el Océano tranquilísimo, todo de rosa y plata, cubierto de diáfano velo de vapores á los que el